**Lunes I de Pascua**

13 de abril de 2020

Hech 2,14.22-23  
Sal 15  
Mt 28, 8-15

*P. Eduardo Suanzes, msps*

En la primera Lectura, este discurso que hemos oído de Pedro tiene lugar el día de Pentecostés. ¡Quién le iba a decir al Pedro que andaba con Jesús que se iba a comportar de esta manera para él desconocida! *« ⎯¡Señor, yo te seguiré hasta la muerte!»*, le dijo en la última Cena, y al poco rato lo negó y lo abandonó…; como tantas veces nosotros hemos hecho, tal vez no de palabra, pero sí con nuestra actitudes.

Antes, Pedro, era un buenazo, pero un tanto fanfarrón, pues siempre se presentaba como el cabecilla del grupo, pero sin un fondo que lo sustentase para tomar compromisos serios. Ahora, después de haber tenido la experiencia amorosa con Jesús Resucitado en el lago de Galilea y, sobre todo, después de haber recibido el Espíritu Santo prometido, es otra persona. Nada que ver con el Pedro anterior. Sigue siendo el líder de los apóstoles pero después del encuentro con el Resucitado ahora sí es capaz de dar su testimonio, pues pronuncia el primer anuncio cristiano (el kerigma) ante todo Israel con la fuerza del Espíritu Santo. Nadie le va a parar a partir de ahora. Se ha convertido en un valiente testimonio de Jesucristo, el Señor.

Y entonces Pedro, después de hablar de la vida y la pasión de Jesús, lo suelta: *« ⎯ Dios lo resucitó»*. Este es el acontecimiento decisivo de la obra salvífica de Dios. Y lo que Jerusalén está viendo, la venida del Espíritu Santo, en él y en sus compañeros solo se puede entender desde este acontecimiento de Jesús Resucitado. En la predicación de la Iglesia primitiva (en los Hechos y en las Cartas de Pablo) esta es la declaración fundamental, la Resurrección del Señor de donde todo parte. Solamente puede entenderse e interpretarse el misterio del Espíritu Santo por la realidad de los sucesos de la pascua. Así entendemos el deseo de la primitiva Iglesia, cuando se esfuerza sin cesar por hacer creíble y razonable el acontecimiento fundamental de la resurrección[[1]](#footnote-1).

Esto es tan importante para la Iglesia naciente que a la hora de elegir al sustituto de Judas, Pedro exige que el candidato sea testigo de la resurrección de Jesús. Y cuando Pablo quiere hablar de la verdad de la resurrección (por ejemplo en 1Cor 15), entonces enumera por orden los testigos a quienes Jesús se apareció después de la resurrección, y a Pablo le interesa poder decir: *«De los cuales la mayor parte vive todavía»*. Al final del pasaje que hemos escuchado se encuentra la declaración decisiva: *«A este Jesús Dios lo resucitó, y todos nosotros somos testigos de ello.»*

«Pero no solo por nosotros ustedes han de creer ⎯parece decir Pedro⎯ que somos testigos directos, también esto está acreditado por el Antiguo Testamento», y cita a David, para dar aún más fundamento a su razonamiento. Pablo también empleará esta fórmula de recurrir al Antiguo Testamento para probar lo que dice, de tal manera que para la Iglesia primitiva el “*según las Escrituras*” quedó como argumento riguroso para proponer la fe en el Señor Jesús: Jesús es el Mesías esperado anunciado en las Sagradas Escrituras, y Dios lo ha resucitado.

En el evangelio, volvemos a escuchar el relato de la resurrección de Mateo que oímos en la Vigilia Pascual, pero añadido con más información de lo que pasó después del hecho. El ángel anteriormente les había dicho: *«⎯¡no tengan miedo!»*. Peor ahora Jesús les dice otra cosa[[2]](#footnote-2). En efecto: él les dice: *«⎯¡Alégrense!»*. Porque la actitud de las mujeres hacia él no expresa miedo alguno. Esa palabra es importante para el evangelista. Antes había dicho que ellas tenían el miedo mezclado de gran alegría. EI saludo de este (*«⎯¡Alégrense!»*) es el ordinario de la cultura griega. Pero en este contexto, sin embargo, recuerda la recomendaci6n de Jesús a los discípulos para el tiempo de persecución: «*alégrense y regocíjense, que Dios os va a dar una gran recompensa*»[[3]](#footnote-3). La recompensa allí anunciada es la vida que supera la muerte, visible ahora en Jesús. Y es que la relación con Jesús no se puede realizar desde el miedo; la fe es una relación no angustiosa con Dios, sino de profunda alegría. Eso es: Su resurrección es solo causa de alegría. Y llama a los discípulos «*sus hermanos*». Ahora, cuando está disponible el Espíritu, puede llamarlos así: el Espíritu los hace hijos del mismo Padre[[4]](#footnote-4).

Además vuelve a hacer Jesús suya la recomendación del ángel: la de ir a Galilea, al lugar de lo auténtico, lo puro; allí donde se proclamó la Buena Noticia, el lugar de los recuerdos primeros, donde todo empezó.

Respondámonos esta pregunta: ¿dónde empezó todo entre Jesús y yo? Ubícalo en el tiempo y en el espacio. Démonos un tiempo de silencio para respondernos a estas preguntas:

* ¿Qué paso ahí?, ponle palabras
* ¿cómo pasó? , visualízate a ti mismo, el lugar, el dónde, el cuándo, la hora…
* ¿Qué significó para mí entonces?
* ¿Qué significa para mí ahora?, desde el camino que llevo recorrido con Jesús
* ¿Por qué Jesús me llama de nuevo ahí para encontrarme con Él resucitado? ¡Allá me verán, allá me encontraré contigo!, dice Jesús. ¿Qué elemento centrante caracteriza esa Galilea particular mía que para Jesús es tan importante?
* Y la última…¿qué camino he de recorrer para volver a Galilea?

Después, relata el evangelista cómo a las autoridades no les interesa lo que realmente suceda, sino la repercusión que pueda tener en el pueblo. Se adivina aquí la ofensiva de las comunidades judías contra la primitiva predicación cristiana.

Después de la sentencia contra Jesús, Pilato es vulnerable y fácilmente manejable por las autoridades judías. Los pretorianos, por otro lado, eran mercenarios y están dispuestos a ser sobornados. Aceptan el dinero como lo había aceptado Judas. Se nota la insistencia de Mateo en el poder corruptor del dinero. Con dinero se habían apoderado de Jesús; con dinero quieren impedir la fe en el: el dios falso se opone al Dios verdadero. El efecto del rumor llega hasta los tiempos de Mateo en que escribió el evangelio (entre los años 70 y 80).

1. Cfr. Josef Kürzinger. *Los Hechos de los Apóstoles I*. Ed. Herder. Barcelona 1974 [↑](#footnote-ref-1)
2. …aunque la liturgia, en su traducción, pone en boca de Jesús las mismas palabras: pero no es la traducción correcta. [↑](#footnote-ref-2)
3. Mt 5,12 [↑](#footnote-ref-3)
4. Cfr. Juan Mateos y Fernando Camacho. *El evangelio de Mateo. Lectura comentada*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1981 [↑](#footnote-ref-4)